

Latinoamérica. En «Carta a Zanabria» enuncia: «Soy una muchacha de Maillol con vientre ancho [...] Quiero que mis muslos abarquen / más país, más muchachos». Su visión de la sexualidad femenina, a pesar de verse provocadora para la época, surge con naturalidad y desde un lugar de cuestionamiento que abre una brecha para el diálogo sobre el cuerpo femenino y la mirada social que se posa sobre él.

A nivel formal, las descripciones, enumeraciones y el uso continuo de polisíndeton otorgan al poemario un ritmo vertiginoso que se permite, de vez en cuando, distintas pausas que van de la mano con los momentos más introspectivos de la voz lírica. Las mayúsculas colocadas a lo largo del libro, remarcando y acentuando palabras, evidencian una intención de guiar la lectura de sus propios versos, aportando valor y otorgando un mayor sentido a lo que se dice, pero, en especial, a lo que se sugiere.

*Ala Prístina* es un poemario que moviliza al lector de manera orgánica, llevándolo por el paisaje personal de Larrosa, presenciando el recorrido de una poeta por ciudades, tiempos y amistades que la acompañaron en un período particular de la historia literaria mexicana. Paradójicamente, considero que los versos de este libro no pueden clasificarse en un género o movimiento, pues responden a una universalidad que aún golpea, resuena y conmueve. Si el sueño de la voz poética del libro era *ver llover y que todo florezca*, lo que verdaderamente logró con este poemario fue construir un jardín que sale de la tierra, crece a través de ella y se extiende por el mundo.

LEIRA ARAÚJO-NIETO

## NOTAS

1. Dato otorgado en el prólogo del libro por Rubén Medina, cuyos aportes relacionados al infrarrealismo son vitales para comprender el contexto de la autora.
2. Movimiento de las artes plásticas surgido en los años cincuenta en México que nació en contraposición al muralismo.



### ***El cielo de abajo. La escritura del cuerpo en trece poetas hispanoamericanas***

María Alcantarilla (ed.)

Barcelona, Fundación Lara, colección Vandalia, 2021, 288 pp.

*El cielo de abajo*, antología editada por María Alcantarilla en la colección Vandalia, es una antología singular, de esas que se proponen ilustrar el pensamiento y las tesis del poeta-antólogo, como *A mi trabajo acudo, con mi dinero pago. Poesía y dinero* (ed. de José Carlos Rosales, Vaso Roto, 2019). Aunque el libro que nos ocupa va aún más allá, pues aquí se trata de configurar una poética, la propia poética, a partir de los poemas de otros (o de otras); en concreto, a partir de ciertos poemas de trece poetas

hispanoamericanas del siglo xx, la mayoría de ellas no publicadas en España o publicadas en editoriales de escasa difusión (con las excepciones de Olga Orozco y, recientemente, de Ileana Espinel). Son la venezolana Hanni Ossott (1946-2002), la cubana Alina Galliano (1950-2017), la ecuatoriana Ileana Espinel (1933-2001), la mexicana Esther Seligson (1941-2010), la boliviana Blanca Wiethüchter (1947-2004), la panameña Diana Morán (1932-1987), la argentina Olga Orozco (1920-1999), la uruguaya Tatiana Oroño (1947), la peruana Ana María García Silva (1948), la chilena Eugenia Brito (1950), la colombiana Mery Yolanda Sánchez (1956), la salvadoreña Carmen González Huguet (1958) y la mexicana María Baranda (1962).

Lo que el libro recoge es, podríamos decir, una poética conjunta y sincrónica en torno al cuerpo (el cielo de abajo). No se sigue así un orden cronológico para ubicar autoras y textos, sino, como nos dice la editora, «una secuencia cuya evolución es temática». En su introducción, María Alcantarilla traza un notable y sugerente recorrido alrededor de sintagmas como «cuerpo interpretado» o cuerpo como «productor de sentido»; se apoya para ello en filósofos como Jean-Luc Nancy, Julia Kristeva, Hélène Cixous, Merleau-Ponty o Sartre; en la teórica de la literatura Florencia Garramuño, o en escritoras como Rosario Ferré o Clarice Lispector. (Se echa de menos, por cierto, en esta nómina, sin duda muy autorizada, la figura de Sigmund Freud, uno de los primeros en *leer* el cuerpo, y en pensarlo como «productor de sentido»).

La antología de Alcantarilla tiene un propósito pedagógico, en el mejor sen-

tido de la palabra, y, también, un claro posicionamiento feminista. El libro propone: «Abandonar [...] la noción de cuerpo-objeto (tan aplicada tradicionalmente al género femenino, hasta la cosificación)» para «permitirle el paso a otro tipo de conocimiento que resitúa la fisicidad como un lugar determinante y necesario para la producción de sentido». Y también: «... ensalzar el acto creativo, no como presentación, sino como representación del yo íntimo». Es, asimismo, una declaración de principios, que defiende un determinado modo de entender la poesía: «Creo, y estas autoras lo demuestran, que la poesía no tiene nada que ver con cierta tendencia ególatra que privilegia la peripecia por encima del pensamiento con raigambre».

*El cielo de abajo* cumple, pues, una doble función. Por un lado, ofrecer la configuración de una sugestiva poética femenina y plural en torno al cuerpo y a la fisicidad *parlante*; por otro, la de dar a conocer las voces de mujeres poetisas relevantes de la poesía hispanoamericana. Leerlas por primera vez en el libro de María Alcantarilla es querer releerlas y escucharlas en otros textos. Recojo, a manera de ejemplos, algunos de los diálogos o reflexiones corporales o materiales que podemos hallar en el libro: «Cuerpo: no sabemos de ti porque en este exceso lo hemos dado» (Ossott); «Son extranjeros, sí / estos ojos Dios mío / que me viven» (Galliano); «Alma y carne gimmiendo / un féretro esperando / a veces sin almuerzo otras veces sin cena / para honor de la glándula que engorda mi osamenta» (Espinel); «Un cuerpo que se mira y que se habla, que se hace canto y se nombra es, al fin y al cabo, el cuerpo

de un deseo, una pasión que se desborda» (Seligson); «ese cuerpo definitivamente en tu deseo / ese cuerpo que te expulsa y vomita / ese cuerpo que miras y comprendes / sin decir este cuerpo no es mío» (Wiethüchter); «¿Lengua en el polvo? / ¿Corazón o mercancía? / De qué desheredado ombligo de dios / hemos caído para buscar en vano / el pie y los caminos / de los yacimientos del azúcar» (Morán); «Dejo mi cuerpo a solas igual que una armadura de intemperie hacia dentro / y depongo mi nombre como un arma que solamente hiere» (Orozco); «Echada fuera de mí / útero / extirpado / desnací» (Oroño); «Encárgase la vida. La vida que es una masa triste que se pega en los dedos. La vida, a la que hay que sacudir cada noche o cada día con voz nocturna» (García Silva); «América duerme enteramente recostada en mi lengua» (Brito); «Tratarás de recuperar la historia de tu primera piel, pero tu calendario tendrá errores en notas antiguas, donde los pies escriben el miedo en la brújula de multitudes» (Sánchez); «Todo sale de mí. / Doy a luz este mundo / y cada día mi vientre / pare de nuevo al universo» (Sánchez Huguet); «Ploc-ploc-ploc. Llega el anuncio: una ciudad es una boca abierta, el filamento que sutura el verbo adentro de los cuerpos» (Baranda).

Me permito reproducir al completo el excelente poema *corporal* «Melancolía de un sabio», de Hanni Ossott. Por cierto que en 2004 su compatriota Ana Nuño publicó la antología de Ossott *Canto de penumbra* en la editorial catalana Reverso, por lo que es posible (en librerías de segunda mano) seguir leyéndola. En el texto de Ossott, quizás una de las voces más sólidas que nos redescubre este libro,

escuchamos el deseo de una sujeto que quiere saber de su propio cuerpo, que lo concibe como fuente de conocimiento, que quiere estar verdaderamente en él, y que, como afirma María Alcantarilla, «contrapone el discurso de la razón a la intuición poética» (y existencial, cabe añadir): «Cuerpo: dame en ti una isla que asegure el hervor / una casa, una torre / alquílame la ilusión de la certeza / que no me raje incesante tu devenir. / Cuerpo, instálame en ti como imprecisa fuga / dame tu precisión de un contorno / el rostro único / el egoísmo que ata a un rostro / lo opuesto a la embriaguez / la sólida pregunta, la mentira, el matrimonio».

*El cielo de abajo* incluye fotos de la propia editora, fotos que son evocaciones y provocaciones corporales que completan, o amplían, las lecturas. Y resaltemos que, en su introducción, María Alcantarilla cita una crónica de Clarice Lispector titulada *El artista perfecto*; crónica que constituye otro de los presupuestos de este libro: «[...] Bergson habla del gran artista que sería aquel que tuviera no solo uno sino todos los sentidos liberados del utilitarismo [...] Aquel que estuviera completamente libre de soluciones convencionales y utilitarias vería el mundo o, mejor, tendría al mundo de un modo como jamás artista alguno lo tuvo. Quiero decir, totalmente y en su verdadera realidad».

Lectoras, y lectores, pueden ver, o tener, el mundo de otra forma si se acercan, si leen, esta magnífica antología de María Alcantarilla.

MILENA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ  
Universidad de Granada